

Mendoza, viernes 11 de febrero de 1977

La Fiesta de la Vendimia

Merced a una firme y expeditiva decisión, el gobierno de la provincia acaba de resolver, en su instancia inicial, un agudo problema —con relación a la imagen de eficiencia— que se había presentado en torno a la realización de la Fiesta de la Vendimia.

Está de más que señalemos la significación que esta celebración tiene para los mendocinos y aun para el país todo, por el prestigio que se ha ganado ante propios y extraños y porque ha sido, innegablemente, de valor paradigmático para todos los demás festivales que a lo largo y lo ancho del territorio nacional están también haciendo historia como factores de promoción de los valores artísticos y del desarrollo de la actividad turística.

Es dable reconocer que el intento de apartarse de los viejos moldes sobre los que se basó tradicionalmente el montaje de la fiesta no pudo concretarse, pero no por ello esa apertura carece de valor desde que fue una fórmula, susceptible de ser reconsiderada para que no surta de nuevo efectos contraproducentes, a la que se apeló para aliviar de las exhaustas arcas del Estado la cuantiosa inversión de fondos que demanda anualmente.

Como lo ha señalado con propiedad y oportunidad el mandatario provincial, están bien determinados los más directos beneficiarios de los festejos y, como ha ocurrido con los que se organizan en otras provincias y aun en localidades o vecindades de pequeña monta, es justo pensar que correspondería a ellos correr con la responsabilidad de la organización. Bien es cierto que a estas alturas y por la dimensión que nuestra prestigiada celebración ha adquirido no resulta sencillo improvisar y encontrar a quien con desarrollado espíritu empresario asuma tamaña empresa, máxime si se tiene en cuenta que los costos trepan ahora a niveles prácticamente inalcanzables y que, por lo general, la situación crítica por la que atravesamos los argentinos no deja mucho margen de maniobra para ningún sector. Entre ellos se cuentan los bodegueros mendocinos, cuya situación angustiosa e inquietante tiene a diario un ilustrativo barómetro como el mercado de vinos, donde se confirma que es el producto —de origen agrario— de mayor desvalorización en los últimos años.

El hombre vinculado a la industria vitivinícola —bien lo sabemos—, acosado como está por circunstancias que escapan a su control y cuya solución no pasa por su círculo, no podría tener la necesaria disposición anímica para encarar una compleja responsabilidad donde lo econó-

mico se entremezcla con lo artístico, lo político, lo promocional, etc., y en la que han fracasado no pocos funcionarios —algunos con indiscutida experiencia en estos espectáculos— y también directores con reconocidas aptitudes personales.

Bien es cierto que, como lo señaló el gobernador al ratificar la voluntad de materializar el festejo según sus características más tradicionales, el pedido de colaboración no sólo se ha dirigido hacia el sector vitivinícola sino también a todos los demás que se interesan o debieran estar interesados por el progreso y la mejor imagen de Mendoza. Pero de todos modos y en mayor o menor medida, todos los convocados soportan parecidas y exigidas situaciones que los inmovilizan y que les impiden, en último término, restar atención a los problemas que los urgen en estos momentos.

La experiencia, con todo, debe resultar propicia para buscar nuevos atajos que permitan hacer de la Fiesta de la Vendimia la concentración de esfuerzos, imaginación y colaboración de todos los mendocinos y particularmente sus fuerzas vivas. Pero se nos ocurre que si se busca el traspaso de la enorme responsabilidad que ello implica, esto debe hacerse en forma gradual y forzando con el impulso vivificante del Estado, la articulación de un mecanismo cuya movilización sea sencilla y práctica. En este sentido, nos permitimos insistir en lo que en otras ocasiones ha motivado nuestro análisis: los cuadros artísticos que en sus 47 años ha ido formando el festejo mendocino no debieran quedar diluidos con el último artificio encendido en la noche de la repetición del espectáculo central.

La provincia, a través de su subsecretaría de Cultura —no de la dirección de Turismo— debiera estimular a bailarines, músicos, ejecutantes, etc., para formar elencos permanentes que al tiempo que contribuyen a afianzar esos valores —nada despreciables por otra parte— gravitan favorablemente en la disminución de los costos de producción. Otras experiencias vividas a este respecto en otras partes del mundo y aun en nuestro propio país deben valorarse muy especialmente en este sentido.

Por ahora y mientras tanto lo que corresponde esperar es que la próxima Fiesta de la Vendimia, aun con las limitaciones que inevitablemente impondrá la escasa disponibilidad de tiempo, adquiera el brillo de otras ocasiones, para que siga siendo un polo de atracción para nuestros visitantes y un motivo de orgullo para los mendocinos.